

En la hora del adiós

ÍÑIGO LINAJE

Enfrentarse a la certeza de una desaparición inminente ha de ser, para cualquier ser humano, algo espantoso: inconcebible. Saber que nuestros días están condenados a una extinción fulminante debe de ser un horror insoportable. Hablando de la función catártica de las creaciones artísticas, Susan Sontag afirma que mientras el hombre sufre, el escritor transforma el sufrimiento en arte. Pero ¿cómo confiar en la luz de una palabra o en los acordes de una melodía cuando todo está presto a extinguirse? La escritora australiana Cory Taylor (1955-2016) narra en un libro muy doloroso, pero sin un ápice de autocompasión, sus últimos meses de vida. Su título es de una austeridad meridiana: 'Morir' (Ediciones Gatopardo). El subtítulo revela una entereza descomunal y una actitud estoica ante el adiós: una lección ejemplar.

La expresión del duelo como acicate literario es relativamente habitual a lo largo de la historia. Haciendo memoria, uno recuerda de inmediato dos libros recientes escritos en circunstancias extremas. El primero de ellos, 'Poesía última de amor y enfermedad', de Lois Pereiro, es una declaración de amor a la vida cuando esta se acaba; el autor padecía sida. El segundo es 'Diario último', la póstuma entrega diarística de Ignacio Carrión, donde consigna –sin pudor alguno– el día a día en su lucha contra el cáncer. Ambas obras constituyen un paradigma exacto de lo que encontraremos en 'Morir'.

Cory Taylor comienza de esta manera su relato: «Hará un par de años, compré un fármaco para la eutanasia hecho en China. Lo guardo en una bolsa cerrada al vacío en un lugar seguro y secreto, junto con una nota de suicidio que escribí antes de someterme a una operación cerebral. Tenía un melanoma en la zona del cerebro que controla el movimiento de la parte derecha del cuerpo: era incurable y no había garantías de que el cáncer no volviera a aparecer después de la intervención».

Estas líneas reveladoras, escritas con una frialdad clínica pavorosa, son el anticipo de la narración posterior. Que alguien se nos muestre con semejante desnudez en un libro nos hace enmudecer. No estamos acostumbrados a derroches de sinceridad tan brutales. Hace apenas unas horas, cuando aún no tenía su libro entre mis manos, no sabía nada de Cory Taylor, nada me decía su nombre. Después de leer las primeras frases ya lo sé todo. O, al menos, lo intuyo. Aunque hay zonas de sombra.

La nota biográfica que aparece en la solapa del volumen es su-

Autoficción Cory Taylor hizo en sus últimos días balance de su existencia, lo que convierte a 'Morir' en un libro profundamente vital



La escritora australiana Cory Taylor falleció de cáncer poco después de terminar el libro. E. C.

mamente escueta: sabemos que la autora nació en una ciudad llamada Queensland. Sabemos que publicó dos novelas. Sabemos que escribió guiones cinematográficos y libros infantiles, que vivió en Kenia y en las islas Fiyi. Sabemos que murió el 5 de julio de 2016, meses después de alumbrar este libro. Ignoramos, sin embargo, los datos de su formación: si fue académica o no, si fue autodidacta. No sabemos si el resto de su obra está traducida al castellano. Tanto da: ella lo cuenta todo con una pasmosa naturalidad en 'Morir'. 'Una vida', lo subtitula.

Fe en la escritura

Si la información que nos ofrece el libro en su aspecto exterior es vaga e imprecisa, la fotografía que ilustra la portada no lo es menos: un plano azul con una figura humana de perfil. La faja promocional lleva unas palabras de Julian Barnes donde afirma que 'Morir' es una respuesta admirable a la arbitrariedad de la vida. El propio Barnes escribió esto hace tiempo: «Juntas a dos personas desconocidas y se crea algo nuevo, y el

mundo cambia. Luego, tarde o temprano, una de las dos desaparece, y lo que desaparece es más grande que la suma de lo que había». Es el inicio de 'La pérdida de profundidad', el diario que escribió tras el fallecimiento de su esposa: otra forma de muerte real para él, aunque no física.

Sin embargo, no es lo mismo afrontar la desaparición de un ser querido que el propio deterioro, el horror de la agonía. Uno, en una situación así, busca respuestas en la medicina, en la religión, es tentado por el suicidio. Ella se some-

Más que desesperación, las palabras de Taylor expresan gratitud por lo vivido

te a tratamientos científicos, a cuidados paliativos y afirma su fe en la escritura; algo que le permite comunicar a los demás su penoso presente, su hermoso pasado. Más que desesperación, sus palabras inspiran gratitud por todo lo vivido: la experiencia de la maternidad, los viajes realizados, las horas dedicadas a la lectura. Es ahí donde más se reconoce la autora: en su sed de conocimiento de las personas, de los libros y las cosas.

Dividido en tres partes, Taylor aborda en el segundo tramo de 'Morir' sus orígenes familiares: el matrimonio prematuro de sus padres y el desajuste emocional de ambos, su vida itinerante y la difícil relación con sus hermanos. Habla con ternura de su madre, a quien le unen fuertes vínculos afectivos. Habla del despertar sexual, evoca episodios de su infancia, reconstruye el divorcio de sus progenitores. El azar –dice– determina nuestro nacimiento y todo lo que sucede después.

He llevado el libro de Cory Taylor en mi bolsillo mucho tiempo conmigo. Me ha acompañado en cafeterías, en estaciones de tren, en

otras ciudades. He convivido con él en un otoño de tardes lluviosas y asimilado por completo su mensaje vitalista y aterrador. He querido escribir sobre la experiencia de su lectura. Pocas veces había leído un testimonio tan descarnado de un ser humano, una confesión escrita con tal vehemencia y entereza. Terminó de releerlo, por tercera o cuarta vez, en un bar donde suena un tema de REM 'Imitation of life'. Las reflexiones finales de Taylor se mezclan con la letra de la canción: a veces tengo miedo. Venga, vamos, nadie puede verte llorar.

Todos estamos hechos de adioses. La persona que enuncia la tristeza indecible, la misma que escribe esto ahora, perdió recientemente al amor de su vida: una muerte dolorosísima que nunca hubiese imaginado. Luego sucedió el horror, el miedo, la desesperación. Ahora, esa misma persona –que ya es otra– persigue en las palabras que escribe el equilibrio necesario, en las canciones que escucha el eco del mundo. Lo decía Paul Valéry: el viento se eleva. Hay que intentar vivir.